

La poesía contemporánea

VÍCTOR AGRAMUNT OLIVER

Madrid, 2017

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca
Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A
28015 Madrid
Depósito Legal: M-35216-2017

Maquetación: A.D.I. Pza. de Argüelles, 7. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

LA POESÍA CONTEMPORÁNEA

(RECITAL POÉTICO OFRECIDO POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL 7 DE JUNIO DE 2010)

En realidad, este recital debería titularse “Una breve muestra de la poesía contemporánea” porque, a la dificultad de determinar en qué espacio de tiempo debemos situar “lo contemporáneo”, se añade el número incesante de autores que van incorporándose al mundo de la poesía. Todo ello, lógicamente, hace casi imposible resumir en una hora una selección lo suficientemente representativa.

Unos consideran poesía contemporánea a aquella que no ha rebasado un tiempo histórico que la aleje de la actualidad, la cual, a su vez, está en continua variación. Otros recurren a lo que se ha dado en catalogar como grupos o generaciones de poetas para, de ese modo, datar o mejor fijar el inicio de lo contemporáneo en poesía. Sin embargo, es el mismo tiempo, el paso del tiempo, el que, aunque respete la datación de estos grupos, los aleja constantemente de la actualidad.

Hay otras teorías, pero, al igual que las anteriores, son más polémicas que fiables y sólo añaden confusión a tan complejo empeño. Así pues, consciente de su dificultad y reconociéndome lego en la materia, he decidido adoptar una postura conciliadora que no rechace ninguna de estas teorías.

En cuanto a la selección de los poetas y sus obras, he optado, como ya habrán imaginado, por incluir en el presente recital a aquellos que considero más idóneos para ser declamados. Y también, que representen el mayor número de etapas y estilos, sin tener demasiado en cuenta la cronología. Tanto es así, que voy a comenzar por la etapa más reciente; una pequeña muestra de jóvenes poetas, nacidos todos ellos en la década de los setenta, que están aportando savia nueva a

la poesía. Utilizando la jerga de los conciertos de música pop, podría decirse, sin ánimo peyorativo, que son los “teloneros” de esta sesión poética.

De la madrileña Ana Delgado Cortés, que cuenta ya, entre otros galardones, con el primer premio de poesía del Círculo de Bellas Artes, escuchemos un fragmento de su libro *Poemas del amor sumiso*:

Para hacerse labio el labio,
no le basta
ser labio cuando el hombre dice boca.
Un labio necesita ser desplome,
ser vuelo y ser caída y elevarse.
Para hacerse labio el labio,
que se queda
estéril, suspendido,
necesita
sólo querer nacer,
sólo agarrarse,
vencido al otro labio que lo invoca.
Y no quedarse aquí,
con lo imposible,
en esta habitación que nos define
a nosotros nuevamente,
sin mirarnos,
sin ser apenas beso
interrumpido,
hiriendo boca y piel
que se desnace.

Oscar Martín Centeno, nacido también en Madrid, obtuvo en 2007 el premio internacional Paul Beckett por su poemario *Sucio tango del alma* y aunque, como él mismo dice, le gustaría ser “poeta de la euforia”, apenas lo consigue y se rinde a la tristeza. Como ocurre en “Y llegará el dolor”:

Y llegará el dolor
con camisa de espumas, con instantes
que cortarán el aire en el estómago
igual que cirujanos, y vendrá

la canción de los pájaros que quemaron
el viento,
ahora que no estás,
que te has llevado el corazón
y con él la caricia de la vida
y el baile de la sal en los océanos.

El nombre de Ruth Gabriel les sonará a ustedes, o al menos a algunos de ustedes, como la ganadora de un Goya a la mejor actriz revelación o por su presencia en la plataforma de mujeres artistas contra la violencia de género, pero, en realidad, su gran vocación (y no precisamente la mejor remunerada) es la poesía. Gran conocedora y amiga del noctambulismo, trató de infundirle lirismo a la noche, aunque estuviese llena de ambulancias, riñas y luces de neón. Así nació “After hours”.

Yo no te concedí el brillo más puro:
delator de navajas afiladas;
cegador de ambulancias intermitentes;
cazador de neones de discoteca.
Yo te concedí, el brillo
que confunde los ojos acuosos de un borracho
y encuentra la lágrima temblorosa
de una amante engañada.
Te lo concedí
porque sólo tú permites
el peso de las estrellas sobre tus hombros,
o el abrazo de las sombras,
o el beso del relente.
yo te lo concedí
porque sólo tú elegiste a la noche como maestra.

Vamos a entrar de lleno en la obra de algunos de los autores más destacados en lo que hemos convenido en llamar “poesía contemporánea”. Y nadie más indicado para alcanzar este propósito que José Agustín Goytisolo, del que acaba de conmemorarse el décimo aniversario de su muerte.

De este gran poeta ya tuvimos ocasión de mostrar su obra aquí, en la UMER, en un anterior recital con el poema “Palabras para Julia”. En esta ocasión, volveremos a escuchar este entrañable texto que dedica un padre a su hija adolescente. Pero antes, oiremos algunos de sus versos más emotivos, escritos a la memoria de su madre, Julia Gay, muerta en circunstancias dramáticas en Barcelona, durante un bombardeo de la aviación alemana, allá por el año 37.

Sobre vosotras, aves
de las regiones infinitas,
busqué un espacio para tanta muerte.
Sobre vosotros, vegetales altos
de la orilla del aire,
pedí un reposo para tanta muerte.
Sobre vosotras, madres de la lluvia,
tempestades de amor contra los cielos,
lloré en silencio sobre tanta muerte.

“Cercada por la vida”

Donde tú no estuvieras,
como en este recinto, cercada por la vida,
en cualquier paradero, conocido o distante,
leería tu nombre.
Aquí, cuando empezaste a vivir para el mármol,
cuando se abrió a la sombra
tu cuerpo desgarrado,
pusieron una fecha: diecisiete de marzo.
Y suspiraron tranquilos, y rezaron por ti,
te concluyeron.
Alrededor de ti, de lo que fuiste,

en pozos similares y en funestos estantes,
otros -cal o ceniza- contornean tus límites.
Lo miro todo, lo palpo todo:
hierros, urnas, altares,
una antigua vasija, retratos carcomidos
por la lluvia,
citas sagradas, nombres,
anillos de latón, sucias coronas,
horribles poesías...
Quiero ser familiar con todo esto,
pero tu nombre sigue aquí,
tu ausencia y tu recuerdo
siguen aquí.
¡Aquí!
donde tú no estarías
si una hermosa mañana, con música de flores,
los dioses no te hubiesen olvidado.

Y ahora, las “Palabras para Julia”, su otra Julia:

Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable.
Hija mía, es mejor vivir
con la alegría de los hombres
que llorar ante el muro ciego.
Te sentirás acorralada,
te sentirás perdida o sola,
tal vez querrás no haber nacido.
Yo sé muy bien que te dirán
que la vida no tiene objeto,
que es un asunto desgraciado.
Entonces, siempre acuérdate

de lo que un día yo escribí,
pensando en ti, como ahora pienso.
Un hombre solo, una mujer,
así tomados de uno en uno
son como polvo, no son nada.
Pero yo, cuando te hablo a ti,
cuando te escribo estas palabras,
pienso también en otros hombres.
Tu destino está en los demás,
tu futuro es tu propia vida,
tu dignidad es la de todos.
Otros esperan que resistas,
que les ayude tu alegría,
tu canción entre sus canciones.
Entonces, siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, como ahora pienso.
Nunca te entregues ni te apartes,
junto al camino, nunca digas:
“no puedo más y aquí me quedo”.
La vida es bella, tú verás,
como, a pesar de los pesares,
tendrás amor, tendrás amigos.
Por lo demás, no hay elección
y este mundo, tal como es,
será todo tu patrimonio...
Perdóname, no sé decirte
nada más, pero tú comprende
que yo aún estoy en el camino.
Y siempre, siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, como ahora pienso.

Vamos a seguir con otro gran poeta, que nos ha dejado recientemente para reunirse en el Parnaso con sus “colegas” y alegrarles la eternidad con sus versos, llenos de ironía. Versos que vuelven, una y otra vez a las cosas sencillas, con nostalgia y desenfado. Estoy hablando del uruguayo Mario Benedetti, que recuerda así su infancia:

Si la infancia durara ochenta años,
me podría burlar de mis cenizas,
y, sin apuro, armar un acertijo
con borradores de melancolía.
Si la infancia durara ochenta años,
no tendría vergüenza de mis lágrimas
y podría cantar mis aleluyas
sin ofender a viejos sin infancia.
Si la infancia durara ochenta años,
yo sabría ampararme en el candor
y defenderme de las engañifas
con las tinieblas que promete el alma.
Pero no dura tanto. ¡Qué tristeza!
En la vejez, la pobre infancia
es apenas un latido
de minuterero o marcapasos.

Benedetti se despide de nosotros con un “cariñoso” reproche hecho poema: “Cuenta corriente”:

Usted, que se desliza
sobre el tiempo;
usted, que saca punta
y se persigna;
usted, modesto anfibio;
usted, que firma con mi pluma fuente
y tose con su tos (y no me escupa);
usted, que sirve para
morirse y no se muere;
usted que tiene ojos dulces como el destino
y dudas que son cheques al portador,
y dudas que le despejan Life y Selecciones,

¿cómo hace noche a noche
para cerrar los ojos
sin una sola deuda
sin una... sola... deuda...
sin... una... sola... sola... deuda...?

Para describir la poesía de Antonio Gamoneda, los críticos, los estudiosos, han empleado adjetivos tales como “rural”, “legendario”, “primitivo” y “enigmático”. Puede ser que contenga todo eso y quizá más, mucho más. Sin embargo, el rap-soda se queda con lo “delicado”, lo “dulce”, lo “mágico” que emana de algunos de sus versos. Como los que titula: “Caigo sobre unas manos”:

Cuando no sabía aún
que yo vivía en unas manos,
ellas pasaban sobre mi rostro y mi corazón.
Yo sentía que la noche era dulce
como una leche silenciosa. Y grande,
mucho más grande que mi vida.
Madre: eran tus manos y la noche juntas.
Por eso aquélla oscuridad me amaba.
No lo recuerdo, pero está conmigo.
Donde yo existo más, en lo olvidado,
están las manos y la noche.
A veces,
cuando mi cabeza cuelga sobre la tierra
y ya no puedo más y está vacío el mundo,
alguna vez, sube el olvido
aún al corazón.
Y me arrodillo
a respirar sobre tus manos.
Bajo
y tú escondes mi rostro, y soy pequeño;
y tus manos son grandes, y la noche
viene otra vez.
Descanso de ser hombre...,
descanso... de ser hombre.

Jorge Luis Borges dijo una vez, refiriéndose a su casi ceguera: “Es un lento crepúsculo que dura ya más de medio siglo”. Pues bien, a pesar de ese “crepúsculo”, su trayectoria literaria, asentada en el ensayo, el cuento y la poesía, alcanzó grandes cotas. Respecto a la poesía, a su creación, a su belleza, a su último significado, él mismo nos lo describe en “Arte poética”:

Mirar el río, hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río.
Saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.
Sentir que la vigilia es otro sueño,
que sueña no soñar, y que la muerte
que teme nuestra carne, es esa muerte
de cada noche, que se llama sueño.
Convertir el ultraje de los años
en una música, un rumor y un símbolo.
Ver en la muerte el sueño, en el ocaso
un triste oro; tal es la poesía
que es inmortal y pobre. La poesía
vuelve como la aurora y el ocaso.
A veces, en las tardes, una cara
nos mira desde el fondo de un espejo;
el arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara.
Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Ítaca,
verde y humilde. El arte es esa Ítaca
de verde eternidad, no de prodigios.
También es como el río interminable
que pasa y queda, y es cristal de un mismo
Heráclito inconstante, que es el mismo
y es otro, como el río interminable.

Desde que en 1971 Aleixandre decidiera incluir las primeras poesías de Luís Antonio de Villena en la antología poética *Espejo del amor y de la muerte*, la carrera de este singular poeta madrileño no ha cesado de sorprendernos con nuevos y excelentes trabajos. Como “Querubes”, del poemario que Villena titula *El viaje a Bizancio*:

Entregados al mal y a los deseos,
aman la sangre y los placeres turbios,
el vértigo infinito de los labios,
el peligro que acecha tras las curvas.
Pero su cuerpo es bello y seductores
son sus ojos, como ramos de lilas.
Hay huertos escondidos en sus labios,
cálidos ríos en su piel nocturna,
todo se desconoce de su origen.
Son una raza extraña de fulgores
hermosos... ¡ancho dolor de deseos!
Les darías la vida como un ebrio,
porque hay rosas de amor en sus labios,
y nada importa el mal en cuerpos bellos.

Su amor por la poesía, llevó a Ángela Figuera Aymerich a estudiar filosofía, a pesar de la oposición paterna. Sus versos, en general, describen un mundo exterior, un mundo que sufre, con el que la poetisa quiere implicarse, denunciándolo. Pero hubo un tiempo, en su primera etapa, en que su poesía era intimista y en la que su universo se reducía a lo cotidiano. A esta etapa pertenece “Lo maravilloso”:

Siempre, cuando me despierto,
sonrío y pienso:
“hoy sucederá algo grande,
maravilloso, perfecto;
hoy se cumplirá, sin duda
el más lindo de mis sueños...”
Y luego, no pasa nada:
yo trajino, salgo, entro...
¡Sólo un día entre los días!

El mocito a su colegio;
el padre a sus afanes...
Deberes, barullo, juegos;
costura, un libro, la radio;
una regañina, un beso;
bromas, parloteo, ¡nada!
Pero, al cabo, cuando me acuesto,
después de besar al hijo,
con la cabeza en el pecho
de mi adorado, suspiro,
entre soñando y durmiendo:
“acaso es verdad... acaso,
lo maravilloso es esto.”

Blas de Otero, bilbaíno de nacimiento, se ha ganado el sobrenombre de “poeta viajero”: Madrid, París, Unión Soviética, China, Cuba y vuelta a Madrid, donde residió hasta su muerte, acaecida en 1979. De todos sus viajes dejó constancia en sus poesías y, éstas, nunca dejaron de ser hondamente humanas, con un fuerte arraigo a la realidad, a la vida. Todo cabe en ellas: la ausencia de Dios, la muerte, la soledad del hombre... Algo de esto hay en “Campo de amor”:

Si me muero, que sepan que he vivido
luchando por la vida y por la paz.
Apenas he podido con la pluma;
apláudanme el cantar.
Si me muero, será porque he nacido
para pasar el tiempo a los de atrás.
Confío en que, entre todos, dejemos
al hombre en buen lugar.
Si me muero, ya sé que no veré
naranjas de la China, ni el trival.
He levantado el rastro, esto me basta,
otros ahecharán.
Si me muero, que no me muera antes
de abriros el balcón de par en par.
Un niño, acaso un niño, está mirándome
el pecho de cristal.

También en 1979 falleció el autor de los poemas que voy a recitar a continuación. Dicho autor, afincado en Cáceres durante muchos años, se inspiró en esta ciudad y la describió en gran parte de lo mejor de su obra. Les estoy hablando de Eugenio Frutos. Poseedor de una sólida formación filosófica, se entregó a la investigación y a la enseñanza de la filosofía, tanto en Barcelona como en Zaragoza, lo cual no le impidió dedicar gran parte de su tiempo a la poesía, su otra pasión. Demos fe de su exquisita creatividad, escuchando primero: “Todas las cosas hermosas”:

Todas las cosas hermosas fueron hechas.
Los antiguos vistieron de arte dorado sus recuerdos.
Para vestir sus ojos de bellas imágenes, pintaron cuadros.
Para vestir su alma, virtudes.
Ellos recortaron los jardines para pasear su melancolía
y abrieron las rosas de los viajes.
Todas las cosas hermosas fueron hechas, el silencio y la lejanía.

Y segundo: “Inmortalidad”:

Eso
que cae más allá de la nada,
es lo que viene galopando hasta mí;
en el oro recamado sobre las casullas fúnebres;
en el perfume sobre la piedra de los altares;
en la danza de la historia sobre la vida;
en el silencio de las cosas sobre el silencio de la noche;
en el viento de la pupila sobre el desierto del ojo;
en la luz de los contornos sobre la oscura fisiología;
y en el surtidor de la conciencia sobre el estanque del alma,
envuelto en su torbellino,
soy.

El ilderdense Joan Margarit, poeta bilingüe que además ejerce como tal, escribió sus primeros versos, allá por los años sesenta, en castellano, única forma,

entonces, de encontrar editor y difusión. Pero en 1980, más o menos afianzada la “transición”, inició la escritura y publicación de lo que está siendo un extenso y excelente poemario en su lengua vernácula. El poema que incluyo aquí, “Ulises en aguas de Ítaca”, pertenece a esta etapa y, como el resto de su obra en catalán, ha sido traducido por él mismo a la lengua de Cervantes:

Vas llegando a la isla; ahora sabes
qué es el azar, vivir, qué significa.
Tu arco será polvo en un estante.
Polvo será el telar y la pieza que teje.
Los pretendientes, que en el patio acampan,
son sombras de los sueños de Penélope.
Vas llegando a la isla, mientras bate
el mar contra las rocas de la costa,
igual que el tiempo contra la odisea.
Nadie tejió nunca tu ausencia.
Nadie vino tampoco a destejer tu olvido.
Por más que, a veces, la razón lo ignore,
Penélope es la sombra de tu sueño.
Vas llegando a la isla; las gaviotas
cubren la playa y no se moverán
cuando, al pasar, no dejes huella alguna,
pues tú no existes; eres la leyenda.
Quizá un lejano Ulises murió en Troya,
y quizá lo lloró alguna mujer.
Pero en el sueño de un poeta ciego,
continúas salvándote:
en la frente de Homero, riguroso,
eterno, cada vez que rompe el alba
un solitario Ulises desembarca.

Y ahora, para completar lo que podría considerarse un pequeño homenaje a la poesía contemporánea en Cataluña, los versos de Pera Rovira quien, después de trasladar al papel su inspiración en catalán, confía su traducción al castellano a Celina Alegre. El poema que he seleccionado se titula: “El reloj de sol”:

Ya no hace caso nadie de mis horas,
ni de la raya negra que pongo sobre el tiempo,
ni de mi nombre, el más altivo y raro
que se ha dado a una cosa.
No puedo ser exacto, como los hombres piensan
que hoy lo son sus instantes;
yo marchó con el sol,
y me gusta pararme cada tarde
y no medir la noche de los astros;
descansar en lo oscuro,
ser reloj de los muertos.
Caminante que ahora estás mirando
unas cifras antiguas, en la piedra dorada:
yo no soy una lápida. También tu luz
se apaga cada día, y sueñas con fantasmas.
Y en el corazón, tienes un corazón de tierra.
Te deseo que el sol conforte tu vejez,
que caliente tu sombra desvalida.
Y cuando un día, muera tu nombre en una piedra,
que alguien quiera leerlo con piedad.

Sonia Manzano es una poetisa ecuatoriana que forma parte de esa legión de creadores americanos que rivalizan ya, en número y calidad, con los de la madre patria. Sus maestros más admirados son: Rubén Darío, Amado Nervo, Alfonsina Estorni, Mario Benedetti, Álvaro Mutis y, sobre todo, casi de un modo apasionado, Pablo Neruda, a quien describe en los siguientes versos, que encabeza con esta dedicatoria: “A Nefthalí Reyes, alias Pablo Neruda.” Aquí conviene aclarar que el verdadero nombre de Pablo Neruda es: Ricardo Eliecer Nefthalí Reyes Basualdo. Y dice así el poema de Sonia Manzano:

A mí que no me pregunten
en qué fecha usted nació,
en qué año ganó el premio Nobel
o cuál es la lista completa
de sus ni sé cuántos
y extraordinarios libros.

A mí que no me pregunten
por Matilde Urrutia,
o por la de los veinte poemas de amor,
o por los senos de las colinas,
o por las que le arreglaron su corbata,
cuidaron de su gorra
y se quedaron absortas
con el humo de su pipa.
A mí que no me pregunten
por todas las que socavó
con su cuerpo de labriego...
Yo sólo puedo dar razón
de los árboles que usted remece
con ternura y con fiereza,
para que caigan las posibilidades verdes
y las nueces escondidas.
Puedo atestiguar que, por usted,
muchos frotan sus ramas
y descubren la chispa,
así como también
muchos cogen sus piedras
y terminan honderos.
Yo sólo puedo informar
de sus navegaciones y regresos;
del ancla llena de herrumbre,
infectada de algas
que usted, sin más ni más,
sólo porque le dio ternura,
la recogió y se la llevó a casa.
Puedo hablar de sus palomas llenas de plaza
y de las miradas de mujer
que usted hizo volar como palomas.
Puedo hablar del crujido
de su marina pisada
encima de los muelles,

y de sus cejas arqueadas
a la caza de todo lo que hace la vida.
Usted nos enseñó a mirar con los lentes
que están encima
de la nariz del alma.
Por usted conocimos las palabras infinitas,
las palabras hachazos,
los versos subterráneos
y la cara escondida del cavernoso idioma.
Por usted nos dolió
el lomo del obrero,
el lomo del cansancio,
el dedo traspasado de la flaca costurera,
el hueso caderudo de la madre delgada.
Por usted nos dolió el septiembre y su próstata
y todas las uvas abatidas
de los vasos funestos.
A mí que no me pregunten cómo, cuándo, dónde, por qué,
con quién estuvo tal día, tal fecha y tal hora en alguna parte.
Yo sólo puedo informar que desde su humo
sale el corazón de la sopa
y la pancarta creciente de las cucharas.
¡Pablo... silencio... ahora terno vacío... Neruda!

Y a propósito de nombres verdaderos y de alias, Gabriel Celaya es, en realidad, el segundo nombre y el segundo apellido de Rafael Múgica, nombre éste con el que firmó sus primeros trabajos. Durante nuestra guerra civil protagonizó varios sucesos que lo sumieron en un prolongado “silencio creativo” hasta 1946. Desde esta fecha, hasta 1961 (su etapa de madurez), Celaya nos ofreció lo mejor de su poesía social. Luego aparecieron dudas en sus convicciones poéticas, vacilaciones, controversias... y decidió abordar el realismo poético. Escuchemos un poema de su primera etapa, con el que parece disculparse, premonitoriamente, de los avatares que le tocaría sufrir años después: “Meditación”:

Si es verdad que existo y que me llamo Rafael;
si es verdad que estoy aquí
y que esto es una mesa;
si es verdad que soy algo más que una piedra
oscura entre ortigas,
algo más que una áspera piedra en el fondo
de un pozo;
si verdaderamente es real, esta extraña
claridad violeta de la tarde,
si esos grises y malvas son casas y nubes;
si verdaderamente no es un sonámbulo
ese hombre que pasa por la calle;
si es real este silencio que sube y baja,
entre el misterio y la vida;
¡si es verdad que existo y que me llamo Rafael,
y que soy algo más que una planta de carne;
si verdaderamente las cosas existen,
y yo también existo,
y mi pensamiento existe;
si verdaderamente esta dulce tarde
con olor a magnolias es algo real;
si es también real este temblor de infinito
que siento latir dentro de mí;
si verdaderamente me llamo Rafael y existo y pienso;
si verdaderamente el mundo vive en una atmósfera densa
de pensamientos definitivos y eternos;
si verdaderamente es así:
¡gracias!, ¡gracias por todo!

El cordobés Ricardo Molina está representado aquí con el poema “Los desencantos”, de su libro *Los Psalmos*, obra que parece querer desmentir a quienes defienden que su poesía nace del asombro, de la pasión por la vida, del valor de los sentidos... ¡Juzguen ustedes!

¿Por qué nos diste el don de admirar
la belleza y corazón ardiente para amarla?
¿Por qué en la negra noche del deseo sembraste
una constelación de ávidos sentidos?
¿Por qué nos diste ojos para ver este mundo,
y oído para escuchar su voz dulcísima?
¿Por qué nos diste brazos para asir la hermosura,
ese humo engañoso que el sol dora?
¿Por qué nos diste el cielo confuso del recuerdo
donde arden imágenes, tal nubes,
cubriendo nuestras almas de sombras y de crepúsculos?
¡Ah, ¿por qué consentiste el loco amor, siempre
muriendo y renaciendo de sus propias cenizas,
como fénix que enciende en su ocaso su aurora?
¿Por qué siempre gozar o sufrir día y noche,
llama y ceniza inútil, la vida de los hombres?
¿Por qué herir, perseguir, vencer y ser
vencido bajo el signo fatal de la ambición?
¿Qué fruto puede dar el hombre que se quema
en el fuego fugaz que, ciego, adora?

Luís Rosales fue un gran estudioso del siglo de oro y tomó como modelo inspirador a Garcilaso de La Vega, al igual que hicieron otros poetas a lo largo de la historia. Sin embargo, a partir de *La casa encendida* su obra sufrió una renovación radical, mostrando un talento especial para el verso libre. A esta etapa pertenece “Ven conmigo”, un poema que le inspiró un ser muy querido y muy cercano que padecía un avanzado Alzheimer:

Se te ha olvidado andar
y hay que aprenderlo de nuevo.
Ven, comienza, ve juntando este sol.
¡Alguna tarde tenemos que nacer!
Amarillean las nubes en el cielo
y no me escuchas;
vas a mi lado y tiembles;

el pie va detrás del pie
como la ola va detrás de la ola.
Estás inquieta,
se te ha olvidado hablar,
se te ha caído la voz
y no la encuentras.
La buscaré contigo
y las palabras vendrán.
Vamos a hacer la primavera,
vamos a hacer el mar poquito a poco,
la luz, la paz, la guerra,
como si no se hubiesen desprendido
ya una vez de tu voz
y en ti nacieran.
¡Vamos a hacerlo todo de nuevo!
Hasta que puedas reunir tu corazón,
como se hace la firmeza del mundo con arena.

El paso de José Hierro por Radio Nacional de España, al frente de varios programas dedicados a la poesía, consolidaron el prestigio que ya estaba alcanzando como poeta. Luego se sucedieron los premios: el Adonais, el Príncipe de Asturias, el Nacional de las Letras, el Reina Sofía y el Cervantes. Alguien ha definido la poesía de José Hierro como: “la busca de una imagen que exprese la identidad, el tiempo y la muerte”. Nada tenemos que objetar. Tan sólo añadir, que, a veces, para alcanzar esa “trascendencia”, Hierro usaba un juego formal, cercano a los trabalenguas. Así sucede en “Vida”, un poema de su *Cuaderno de Nueva York*:

Después de todo, todo ha sido nada,
a pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo,
supe que todo no era más que nada.
Grito “¡todo!”, y el eco dice “¡nada!”
Grito “¡nada!”, y el eco dice “¡todo!”
Ahora sé que la nada lo era todo,
y todo era ceniza de la nada.

No queda nada de lo que fue nada.
(Era ilusión lo que creía todo
y que, en definitiva, era la nada).
Qué más da que la nada fuera nada
si más nada será después de todo,
después de tanto todo para nada.

Jaime Gil de Biedma nació en Barcelona en 1929 y vio truncada su obra poética a los 61 años, ya que falleció en enero de 1990. Su vida, polémica y azarosa, ha sido llevada al cine recientemente, y no ha dejado a nadie indiferente. Su obra, se concreta básicamente en: *Según sentencia del tiempo*, *Compañeros de viaje*, *Moralidades y Poemas póstumos*. A este último libro pertenece “No volveré a ser joven”:

Que la vida iba en serio,
uno lo empieza a comprender más tarde.
Como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante;
dejar huella quería
y marcharme entre aplausos.
Envejecer, morir, eran tan solo
las dimensiones del teatro.
Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma;
envejecer, morir...,
es el único argumento de la obra.

El zamorano Claudio Rodríguez fue lector de español en Inglaterra durante seis años. A su regreso a España se dedicó a la enseñanza universitaria en Madrid. En 1987 ingresó en la Real Academia Española. Cuenta con premios muy importantes, entre ellos, el Príncipe de Asturias. Falleció en Madrid en julio de 1999 y nos legó versos tan bellos como estos:

Dentro de poco, saldrá el sol. El viento,
aún con su fresca suavidad nocturna,
lava y aclara el sueño y da viveza,
incertidumbre a los sentidos.

Nubes de pardo ceniciento, azul turquesa,
por un momento, traen quietud, levantan
la vida y engrandecen su pequeña luz.
Luz que pide, tenue y tierna, pero
venturosa, porque ama. Casi a medio
camino entre la noche y la mañana,
cuando todo me acoge, cuando hasta
mi corazón me es muy amigo, ¿cómo
puedo dudar, no bendecir el alba,
si aún en mi cuerpo hay juventud y
hay en mis labios amor?

Ciudad del hombre es un voluminoso libro de poemas de José María Fonollosa, del que recibimos una impresión lírica y romántica, no exenta de cierta ironía, como expresan estos versos:

La ciudad está llena de caminos.
Todos son buenos para salir de ella.

Pero esta ironía, este pasar de todo en actitud desafiante y burlesca, donde más se percibe es en el poema que titula “Zelete quince”:

El ser más importante de este mundo
soy yo. Lo ignoran todos todavía.
No se asombran si paso al lado de ellos.
Si condesciendo a hablarles, no se inmutan.
Doy pistas, mas no aciertan a seguirlos.
No saben quién soy yo. Aún no lo saben.
Se maravillarán al descubrirlo.
Para mí se hizo todo: aviones, coches,
los yates, las mujeres, los palacios...
Si advirtieran quién soy, me lo darían.
Pero lo ignoran aún. No hay que culparlos.
El ser más importante de este mundo, ese
soy yo. Aún no lo sabe nadie.
No importa. Lo sabrán todos un día.

El poeta que voy a presentarles ahora es especialista en cultura clásica. Fue profesor, director de la Biblioteca Nacional y estuvo al frente de la Secretaría General en el, entonces, Ministerio de Educación y Cultura. Se trata de Luís Alberto de Cuenca, nacido en Madrid en 1950. Su obra ha evolucionado, pasando de la que se ha definido como “poesía de los sentidos” a la denominada “poesía del entendimiento”. Sirvan como ejemplo, “De tanto amarte y tanto no quererte”:

De tanto amarte y tanto no quererte
te has cansado de mí y de mis locuras
y le has prendido fuego a nuestra historia.
Tu ropa no perfuma ya la casa.

No queda una palabra de cariño
suspendida en el aire, ni una hebra
de azabache en la almohada. Sólo flores
secas, entre las páginas del libro
de nuestro amor, y cálices de angustia
y un delirio de sombras en la calle.

“La despedida”:

Mientras haya ciudades, iglesias y mercados,
y traidores, y leyes injustas, y banderas;
mientras los ríos sigan vertiendo su basura
en el mar y los vientos soplen en las montañas;
mientras caiga la nieve y los pájaros vuelen,
y el sol salga y se ponga,
y los hombres se maten;
mientras alguien regrese derrotado, a su cuarto
y dibuje en el aire la V de la victoria;
mientras vivan el odio, la amistad y el asombro,
y se rompa la tierra para que crezca el trigo;

mientras tú y yo busquemos el medio de encontrarnos,
y nuestro encuentro sea poco más que silencioso,
yo te estaré queriendo, vida mía, en la sombra;
mientras mi pecho aliente, mientras mi voz alcance
la estela de tu fuga, mientras la despedida
de este amor se prolongue por las calles del tiempo.

El mismo año que fallecía Eugenio Frutos (1979) se licenciaba en Filología Románica-Hispánica Nuria Claver, que había sido alumna de tan prestigioso catedrático y poeta. Al igual que el maestro, Nuria compagina su actividad profesional, en editoriales y medios de comunicación, con la poesía. De su primer libro, *Luz de noche en la memoria*, escuchemos varios fragmentos llenos de emoción y delicadeza. Sobre el otoño nos dice:

Presiento un tierno otoño.
Pronto caerán sobre mí
las hojas secas que alfombraron el jardín.
No tengo tiempo.
El verano pasó muy rápido.
El corazón se abre, se cierra.
¡Nunca podré evitarlo!

Todos los otoños de mi vida me acompañan,
pero éste más que otros
es otoño en mi memoria:
los tonos llameantes de los olmos,
las tardes incendiadas,
los serbales rojos
y tu recuerdo:
un viento que enardece mis mejillas,
las hojas de los días
que murieron en mis brazos.

En otro poema, se alía con la noche para expresar sus sentimientos:

Preferible que anochezca,
pero no que mi alma se haga noche,
que mi voz suene a silencio,
que no exista miedo ni terror.
Preferible que sólo un día, una mañana
sea noche luminosa.
Y a pesar de los tonos grises de la tarde,
escuchar hondos silencios,
habitar la soledad.
Preferible que de sol
se cieguen mis pupilas,
que anochezca de luz
que no de noche.

Andrés Trapiello, ganador en 2002 del “Premio Nadal” con *Los amigos del crimen perfecto* y autor del reciente éxito en ventas *Al morir Don Quijote*, destaca también sobremanera en el mundo de la poesía. Hasta el punto de haber logrado ya el Premio Nacional de la Crítica. Oigamos “La carta”, un poema de amor y desengaño:

He encontrado la casa
donde te llevaré a vivir. Es grande,
como las casas viejas. Tiene altos
los techos y en el suelo,
de tarima de enebro, duerme siempre
un rumor de hojas secas
que los pasos avivan. A los ocres
de las paredes, nada ya parece
retenerlos aquí. Igual que frágiles
pétalos, largo tiempo olvidados en un libro,
amarillean todos.
Entre rejas, trenzado,
un rosal sin podar.

En el jardín pequeño, una fuente
y un fauno. Y me dicen
que también unos mirlos.
Cuando en los meses fríos de otoño,
al escuchar sus silbos
cobren vida tus ojos, en el verde
del agua miraré contigo,
cómo mueren los días;
cómo se vuelve polvo, en los
muebles oscuros, tu silencio
que azotará la lluvia,
allí donde te encuentres.

El poeta y ensayista granadino Luís García Montero, miembro de la corriente de “la otra sentimentalidad” también va a estar presente en este recital. Fue premio Adonais en 1983 por *El jardín extranjero*, poemario en el que, junto a *Diario cómplice* y *Las flores del frío*, trata de reconstruir su memoria histórica y sentimental. En su obra encontramos, tanto la ficción absoluta, como un afán de renovar el realismo. Esto último está presente en “Confesiones”:

Yo te estaba esperando.
Más allá del invierno, en el cincuenta y ocho,
de la letra sin pulso y el verano
de mi primera carta,
por los pasillos lentos y el examen,
a través de los libros; de las tardes de fútbol,
de la flor que no quiso convertirse en almohada,
más allá del muchacho obligado a la luna,
por debajo de todo lo que amé,
yo te estaba esperando.
Yo te estoy esperando.
Por detrás de las noches y las calles,
de las hojas pisadas
y de las obras públicas
y de los comentarios de la gente,

por encima de todo lo que soy,
de algunos restaurantes a los que ya no vamos,
con más prisa que el tiempo que me huye;
más cerca de la luz y de la tierra,
yo te estoy esperando.
Y seguiré esperando.
Como los amarillos del otoño,
todavía palabra de amor ante el silencio;
cuando la piel se apague,
cuando el amor se abraza con la muerte
y se pongan más serias nuestras fotografías,
sobre el acantilado del recuerdo,
después que mi memoria se convierta en arena,
por detrás de la última mentira,
yo seguiré esperando.

Voy a finalizar, y lo voy a hacer con un poeta que posee para mí un doble valor: el de haber sido un gran artista, merecedor de mi más ferviente admiración, y el hecho, para mí muy importante, de que me incluyera entre sus amigos. Una amistad que venía de muchos años atrás, cuando compartíamos atril en los estudios de doblaje o cuando colaborábamos en la radio y en la televisión, o en cualquier otro medio que requiriese la presencia de una voz que interpretase un texto o un poema. Me estoy refiriendo a Rafael de Penagos, fallecido a finales de febrero de este mismo año, tras una delicada operación de corazón.

Rafael de Penagos se había comprometido gustosamente a acompañarnos en este recital para conocer esta entidad cultural y también para ver cómo eran acogidos sus poemas. Nada de esto es posible ya, lamentablemente. No obstante, antes de recitar algunos fragmentos de su obra, me van a permitir que haga una semblanza-homenaje de su vida y de su obra.

Hijo del famoso pintor e ilustrador del mismo nombre, Penagos nació en Madrid en 1924. Rafael Alberti propició su carrera poética y Juan Ramón Jiménez lo apadrinó artísticamente en 1955 en Puerto Rico. Debo señalar que, tras cumplir su contrato como actor con los estudios de doblaje de la Metro Goldwyn Mayer, en Barcelona, Rafael de Penagos viajó a lo largo y ancho del

continente americano, propagando, como excelente rapsoda que era, los versos más populares y selectos de la poesía en castellano.

Como creador, en 1963 tuvo ocasión de dar mayor difusión a su obra poética invitado por la BBC de Londres. Al año siguiente obtuvo el premio Nacional de Literatura y dio conferencias en La Sorbona, en París. Fue pensionado dos veces por la Fundación Juan March. Su obra se inició con el poemario *Sonetos del buen amor*, publicado en Buenos Aires en 1953, y le siguieron: *Memoria de mis días*, *Declaración de equipaje*, *Como pasa el viento*, *Carta a León Felipe*, *Poemas a Consuelo*, *Nuevos poemas a Consuelo* y *Aquel entonces*.

Para esta ocasión tan especial, he seleccionado algunos fragmentos de *Poemas a Consuelo*, “un libro de amor y de pena”, como describe su prologuista José Montero Padilla. Rafael de Penagos escribió estos poemas tras la muerte de su amada esposa, Consuelo Romero, y a ella están dedicados “in memoriam”.

No voy a añadir nada más. Estos versos hablan por sí solos de la emoción, del sentimiento y del dolor que abatía a su autor al escribirlos.

Ha posado, de pronto, la tristeza
su mano en esta cosa que es la vida
y ha dejado a la vida enceguecida,
como algo sin pies y sin cabeza.
Todo lo que, antes de esto, era firmeza
imaginaria, pero sostenida,
es ahora sordo galopar sin brida
por un campo infinito de aspereza.
¿Dónde nació la voz a la alegría?
¿Dónde tuvo hospedaje la esperanza?
¿Dónde estuvo el amor que amanecía?...
¿Y dónde la asechanza de esta lanza
que yo no vi, cegado por el día,
cómo pudo avanzar y cuánto avanza?

Aquí tienes, Consuelo, mi consuelo;
saber que nuevamente estás conmigo.
Habitando mi voz. Como un testigo
de mis pasos inciertos por el suelo.

De mis pasos seguros, por el cielo
de tu ancho corazón. Como si un trigo
me creciera de pronto. Así, contigo,
navega este consuelo, mi Consuelo.
Aquí tienes, Consuelo, mi alegría
por esta renacida compañía,
después de tanta sombra y tanto duelo.
Aquí tengo, Consuelo, tu esperanza:
eso que siempre tuve, y que me lanza
de nuevo a tu consuelo, mi Consuelo.

Poca cosa pedimos a la vida:
que nos deje vivir tranquilamente;
que ponga una esperanza en nuestra frente
antes que la esperanza esté perdida.
Poca cosa pedimos a la vida:
que nos deje morir tranquilamente;
que encienda un resplandor en nuestra frente
para encontrarnos en su luz perdida.
Poca cosa pedimos a la vida:
seguir soñando con la voz perdida
que dejó la niñez en nuestra frente.
Poca cosa pedimos a la vida:
esa cosa, ya dada por perdida,
que es vivir y morir tranquilamente.

El olvido no existe. Sólo existe
lo que la muerte olvida, al acostarnos.
Despertaré contigo... Y, nuevamente,
tendremos aquel sueño en nuestras manos.

Y esto ha sido todo muchas gracias.

Nota biográfica

Victor Agramunt, uno de los grandes actores de doblaje de nuestro país, ha pulsado –y continúa pulsando– todos los registros de la interpretación: locutor, actor y director de radio, presentador de televisión, actor de teatro en España y en festivales internacionales, profesor de Comunicación radiofónica, adaptador de diálogos, actor y director de doblaje para cine y televisión. Algunos de los doblajes más destacados como actor han sido: James Dean en “Al este del edén”, Timothy Bottoms en “Y Johnny cogió su fusil”, Ryan O’Neal “¿Qué me pasa, doctor?”, Michael Sarrazine en “Danzad, danzad, malditos”, Dustin Hoffman en “Kramer contra Kramer”, Brad Davis en “El expreso de medianoche”, Robert Duvall en “Johnny Q” y Alan Arkin en “Pequeña Miss Sunshine”. Como director y adaptador de series para televisión destacan: “La Joya de la Corona”, “Wagner”, “Las chicas de oro”, “¿Ha llamado el señor?”, “Diagnóstico: asesinato”, “Del amor, la vida y todo lo demás” y “Andrómeda”. Es conferenciante regular de la UMER y autor de los Cuadernos UMER nº 77 *Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra*, nº 90 *La poesía popular* y nº 94 *Una historia del doblaje*.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 70 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo.

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino.

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez.

Nº 82: "Medios de comunicación en España. El reto de contarlo en una hora". Joaquín Sotelo.

Nº 83: "1914. Significación Histórica de la Gran Guerra". Feliciano Páez-Camino.

Nº 84: "Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres". Julián Moreiro.

Nº 85: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (Umer) 2009-2014". Umer.

Nº 86: "La ciencia descubre, la industria aplica, el hombre se somete". José Segovia.

Nº 87: "España ante la Primera Guerra Mundial". Feliciano Páez-Camino.

Nº 88: "Los mayores del siglo XXI: Nuevas imágenes y nuevas perspectivas". Loles Díaz Aledo.

Nº 89: "El envejecimiento: alimentación y estilo de vida saludable". Isabel Calvo Viñuela.

Nº 90: "La poesía popular". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 91: "¿Se respetan los Derechos Humanos? La Declaración Universal de 1948". Silvia Escobar.

Nº 92: "Elogio de la palabra". Julián Moreiro.

Nº 93: "¿Qué significa, hoy, la hispanidad?". Patricio de Blas Zabaleta.

Nº 94: "Una historia del doblaje". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 95: "Vieja y nueva política": un enfoque histórico. Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 96: "Rosas y espinas". Rosario Barros Peña, Carmen Escohotado Ibor, Begoña Montes Zofio, Milagros Salvador.

Nº 97: "Cervantes, nuestro contemporáneo". Julián Moreiro.

Nº 98: "Certamen de relatos cortos". Socios de la UMER.

Nº 99: "La fuerza del azar. Entre la probabilidad y la incertidumbre". Javier del Rey.

Nº 100: "Las primeras diputadas españolas". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 101: "Madrid: En busca del arco perdido". Josep M^a Adell.

Nº 102: "Los derechos de las personas mayores". Loles Díaz Aledo.

Nº 103: "Transgénicos: qué son y para qué sirven". José Miguel Hermoso Núñez.

Nº 104: "La poesía contemporánea". Víctor Agramunt Oliver.